

Movilización sociolaboral y oportunidades políticas en España y Francia durante la primavera de 1936

Mobilization and political opportunities in Spain and France in the spring of 1936

Francisco Sánchez Pérez

Universidad Carlos III de Madrid

Resumen

El período republicano conocido como el del Frente Popular (febrero–julio de 1936) se caracterizó en España no sólo por un cambio de gobierno sino también por una extraordinaria movilización política, social y laboral promovida desde fuera de los ministerios, encaminada a ejercer una importante presión para que se cumpliese el programa del FP con la mayor celeridad posible, en lugar de enfrentarse abiertamente al ejecutivo. Cambio sutil de táctica de las organizaciones obreras, pero también del propio gobierno, que recurrió menos de lo habitual a la fuerza bruta y la represión, si se compara con lo sucedido en períodos anteriores de la historia de España. Esta situación sin embargo no fue exclusiva de España sino que se repitió en Francia, donde sucedió algo similar entre abril y junio de 1936. Pero la forma en que se constituyeron ambas coaliciones, los distintos equilibrios políticos, el tipo de movilizaciones, su ritmo y la tradición histórica de ambos países también arrojaron notables diferencias.

Palabras claves: Frente Popular (España), Segunda República, Movimiento obrero, Frente Popular (Francia), huelgas, 1936

Abstract

The Republican period known as the Popular Front (February–July 1936) was marked in Spain not only by a change of government but also by an extraordinary political, social and labour mobilization promoted from outside the ministries, in order to exert significant pressure for the FP program to be fulfilled as quickly as possible, rather than openly confront the executive. A subtle change of tactics of labour organizations, but also of the government itself, which resorted less than usual to brute force and repression as compared with what happened in previous periods of the history of Spain. However, this situation was not exclusive to Spain but was repeated in France, where something similar happened between April and June 1936. But the way in which both coalitions were created, their different political balances, the type of mobilizations, their rhythm and the historical tradition of both countries also offered considerable differences.

Keywords: Popular Front (Spain and France), Second Republic, Labour movement, strikes, 1936.

El período republicano conocido como el del Frente Popular (febrero–julio de 1936) se caracterizó en España no sólo por un cambio de gobierno, con un marcado giro de contenido social con respecto a lo que se había hecho en los más de dos años anteriores. También fue clave para entenderlo la extraordinaria movilización política, social y laboral promovida desde fuera de los ministerios, que resulta muy llamativa, por exótica, para la época republicana. Pues actuó en paralelo, presionando claramente al gobierno para que cumpliese su programa con la mayor celeridad posible, en lugar de enfrentarse abiertamente a él, cambio sutil de táctica de las organizaciones obreras y del propio gobierno, que recurrió menos de lo habitual a la fuerza bruta y la represión. Esto daba la impresión de que ambas iniciativas parecían complementarse, aunque aun así los choques y tensiones se prodigaron en una complicada estrategia de retroalimentación entre la legitimidad que suministraba el parlamento y el gobierno y las movilizaciones de la calle. Aunque sostenida desde febrero y multiforme, tuvo una faceta huelguística, desarrollada en particular entre mayo y julio de 1936, es decir en la víspera inmediata de la guerra. La pugnacista y la historiografía más conservadora desde la misma primavera de 1936 ha oscilado en caracterizar dicha movilización como una revolución en marcha comunista o simplemente obrera, un desbordamiento del gobierno, incapaz de contenerla y hacerla frente, o una persecución sistemática y violenta de las pacíficas derechas, alentada o tolerada por el gobierno y sus aliados. O bien las tres cosas juntas y combinadas. Opinión política ya difundida en su día por Gil Robles o Calvo Sotelo, y luego convertida en teoría historiográfica. Esa sensación de inquietud de la opinión conservadora y los poderosos ante el retorno de las odiadas reformas, ahora respaldadas en la calle con un

amplio apoyo obrero y popular, y que había forzosamente que yugular, la han convertido mágicamente en una «revolución», o en términos modernos más eufemísticos empleados por algunos autores, vistas las evidencias acumuladas en su contra, en «focos de revolucionarismo», «situación prerrevolucionaria», o fórmulas ininteligibles similares, que nada explican, salvo la mentalidad muy conservadora del que escribe.

Lo que nunca se ha dicho, ni siquiera entre esta historiografía, es que esta movilización fuese dirigida contra el gobierno mismo, al que suelen caracterizar como impotente, incapaz y rehén de las fuerzas revolucionarias, cuando no promotor mismo de la violencia y las persecuciones, pero nunca como *enemigo* de la izquierda obrera. Existe por tanto un amplio consenso historiográfico en torno a la idea que el gobierno y la izquierda obrera, su aliada, funcionaban en paralelo, no enfrentados, aunque en ocasiones pudieran chocar, y que esta situación poco o nada tiene que ver con la del primer bienio republicano, en particular con la abierta hostilidad entre el Gobierno Azaña y la CNT-FAI, por no hablar del segundo. Esta relación peculiar y simbiótica se va a ver aquí con algunos ejemplos. Esta situación sin embargo no fue exclusiva de España y los problemas españoles, sino que se repitió en uno de los pocos países europeos donde operó con éxito un Frente Popular propio: se trata de Francia y su *Rassemblement Populaire* («Coalición Popular»). También ganó las elecciones, ocupó el gobierno y fue curiosamente respaldado a su manera y desde fuera por una movilización social y laboral, sin comparación posible tampoco en la propia historia de la Tercera República. Todo esto ocurrió entre abril y junio de 1936, es decir casi al mismo tiempo que la experiencia española. Sin embargo la forma en que se constituyeron ambas coaliciones, los distintos equilibrios políticos, el tipo de movilizaciones, su ritmo

y la tradición histórica de ambos países también arrojan notables diferencias, que aquí también se van a comentar.

Las elecciones, el programa y el Frente

Como es muy sabido, la coalición que se acordó en España en enero de 1936, que pronto pasó a denominarse «Frente Popular» (FP), fue promovida por el centro liberal republicano compuesto por azañistas, exradical-socialistas y exradicales, que atrajo a diversos partidos y formaciones de la izquierda obrera, sin desearlo en principio, pues sólo estaba interesado por el apoyo del PSOE. Hay que decir sobre esto que pese a las reticencias de las llamadas izquierdas socialistas, entonces encarnadas por las Juventudes, un amplio sector del PSOE y la dirección *caballerista* de la UGT, poco entusiastas en general con la perspectiva de reeditar la coalición con los republicanos, esto es, con la *burguesía*, sin su concurso y presión habría sido imposible que el pacto se hubiese extendido al resto de la izquierda obrera, es decir que hubiese existido el FP, por muy entusiastas que fueran los muy minoritarios comunistas al respecto. El FP tuvo su correspondiente variante en Cataluña, organizada en torno a la Esquerra, partido dominante allí. Del centro derecha liberal sólo quedaron fuera los lerrouxistas, muy desorientados y en gran parte desacreditados por los escándalos, el recién nacido «portelismo», que se formó tarde para poder interferir o sumarse a dicha coalición^[1], con la que sin embargo tendió puentes en las elecciones en muchos lugares, como en Lugo o en la segunda vuelta en Cuenca celebrada en mayo (pues eso es lo que fue y

1.–Pilar Mera Costas, «Diseño y construcción de un proceso electoral. Manuel Portela Valladares y las elecciones de 1936», *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, 11 (2013), <http://hispanianova.rediris.es/11/dossier/11d011.pdf>, pp. 18–19.

no exactamente una repetición electoral), el aislado Alcalá-Zamora (que sin embargo votó al FP en cierta manera, si hay que creer a sus *Memorias*^[2]), y los conservadores de Miguel Maura, que se había mantenido fuera (no *contaminado* por tanto) de los gobiernos radical–cedistas. Por no hablar del PNV, que no se mostró hostil y luego lo apoyaría en guerra. Del significado e implicaciones del pacto y según la fuerza política sobre la que pongamos el foco existían diversas interpretaciones, y en alguna fuerza (los socialistas) más de una, pero en cualquier caso se hacían eco de los tres niveles que el pacto del FP recogía a la vez. En primer lugar era un acuerdo electoral *ad hoc* para ganar los comicios del 16 de febrero (en primera vuelta). En segundo lugar era un acuerdo programático de gobierno, destinado a perdurar necesariamente al menos mientras se desarrollase dicho programa. Por último, era una estrategia internacional, fomentada por el giro de la Internacional Comunista en el verano de 1935, que fomentaba las alianzas estratégicas entre la izquierda obrera, y en particular la de estricta obediencia a Moscú, y los partidos *burgueses* progresistas en defensa de la democracia liberal frente a la amenaza fascista, o simplemente autoritaria. Y aunque no tenían la misma importancia ni rango para los firmantes del pacto, no puede decirse que no fuese una combinación de estos tres niveles, aunque algunos autores han hecho mucho o todo el hincapié sólo en uno o algunos de ellos^[3]. Y los tres

2.–Niceto Alcalá Zamora, *Asalto a la República. Enero–Abril de 1936*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2011, pp. 156–158.

3.–Reducido a una reedición de la conjunción de 1931 aparece en Santos Juliá Díaz, *Orígenes del Frente Popular en España (1934–1936)*, Madrid, S. XXI, 1979, p. 162, o como inexistente antes de la guerra en Santos Juliá Díaz, «The origins and nature of the Spanish Popular Front», en Martin S. Alexander y Helen Graham (eds.), *The French and Spanish Popular Fronts. Comparative Perspectives*, Cambridge University Press, 1989, pp. 24–37.



Propaganda del Frente Popular ante las elecciones de febrero de 1936 (Archivo Histórico del PCE).

están imbricados.

El nivel electoral se reducía a vencer en los comicios y cambiar la orientación del gobierno. Incluso los más reticentes a renovar el pacto con la *burguesía* (la izquierda socialista) o los que se quedaron fuera por ser un artificio político, pero que eran libres de votarlo (los cenetistas), lo consideraban un buen acuerdo o expediente para traer la ansiada amnistía legal y laboral. Como del gobierno se iban a responsabilizar los republicanos liberales en exclusiva, por consenso general, pero con apoyo de la izquierda obrera desde fuera, esto condicionó el reparto de puestos para el parlamento. Por ello, la mayoría parlamentaria no descansaría sobre los socialistas sino sobre los republicanos, mucho más unidos que antaño, en apenas dos formaciones (Izquierda Republicana y Unión Republicana más los nacionalistas, capitaneados por la Esquerra). Y así se negoció en los puestos elegibles para las listas provinciales, donde como norma general y

como se ha dicho los socialistas cedieron, los republicanos se impusieron y los comunistas se resignaron, en una proporción de un 56% para los republicanos, un 36 % para los socialistas y menos del 10% para el resto de fuerzas obreras^[4]. Como eran listas abiertas, donde los candidatos más al centro casi siempre quedaban los más votados, el resultado prometía decantar la balanza, como así sería. Los resultados lo demuestran: de un total de 267 diputados que ganó el FP en marzo de 1936 (286 en mayo con las impugnaciones y repeticiones, sobre una mayoría absoluta de 237) los republicanos progresistas junto a los nacionalistas de izquierda sumaron 153 en marzo (160 en mayo), el 57% de los conseguidos. Mientras que toda la izquierda obrera en su conjunto ni siquiera alcanzaba el número de diputados que había

4.-La confección de candidaturas y el *modus operandi* en José Luis Martín Ramos, *El Frente Popular. Victoria y derrota de la democracia en España*, Barcelona, Pasado & Presente, 2015, pp. 133-134

tenido el PSOE en el primer bienio: en marzo 114 (sumando los 7 diputados de organizaciones catalanas como la Unió Socialista, el Partit Proletari y la Unió de Rabassaires) frente a los 120 que obtuvo el PSOE sólo en octubre de 1931. Aunque con las impugnaciones y repeticiones superaría ligeramente esa cifra en mayo, hasta 128, y se debió a que en la repetición de Granada la coalición fue al copo. Y al PSOE precisamente y para compensarle le dejaron presentar el doble de diputados (9) que republicanos y comunistas juntos (4). Esto no había sido la norma habitual en febrero–marzo, como se ha visto^[5].

Esta situación difiere bastante de la francesa. La iniciativa de un pacto en Francia no parte como en España de un diálogo entre republicanos (Azaña) y socialistas (Prieto) sino de la unidad de acción de los socialistas (SFIO) y los comunistas (PCF). El punto de partida no era la amnistía por un movimiento abortado como el de octubre de 1934 sino la respuesta de la izquierda obrera a lo que se consideraba un intento de *putsch* o «Marcha sobre París» el 6 de febrero: la huelga general del 12 de febrero de 1934, convocada por la CGT y secundada por la SFIO, pero a la que se sumaron las organizaciones comunistas, y las manifestaciones separadas de la SFIO y el PCF del mismo día, que terminaron convergiendo al grito de *Unité!*. Aunque en realidad el resultado de los disturbios del 6 fueron un giro a la derecha del gobierno francés y la caída de Édouard Daladier^[6], para la mitología frentepopulista fue el pun-

5.–Los resultados electorales comparados los he mostrado en Eduardo González Calleja, Francisco Cobo Romero, Ana Martínez Rus y Francisco Sánchez Pérez,, *La Segunda República española*, Barcelona, Pasado y Presente, 2015, pp. 814–816.

6.– Sobre la trascendencia del suceso: «C'était la première fois dans l'histoire de la République qu'un ministère fuyait devant une émeute de la rue» [«Era la primera vez en la historia de la República que un ministerio huía ante un motín callejero»], Dominique Borne y Henri Dubieff, *La crise des années 30, 1929–1938*, París, Seuil, 1989, p. 112.

to de partida de los acuerdos subsiguientes y el renacer del movimiento obrero (y la recuperación de la calle frente a las ligas nacionalistas) y así lo ha recogido la historiografía francesa clásica^[7]. El francés nació por tanto de un acercamiento entre el PCF, mucho más potente y con una mayor presencia entre los trabajadores que el español, que en comparación era un grupúsculo, y la SFIO en el famoso pacto de unidad de acción del 27 de julio de 1934. A este entendimiento previo se incorporaron los radicales (el centro izquierda liberal) en el pacto solemne del 14 de julio de 1935 (fiesta nacional del país y de resonancia mundial) que selló la llamada «Coalición Popular» (*Rassemblement Populaire*), más antigua por tanto que la española. Tampoco la postura de la izquierda republicana fue equivalente en Francia y en España. En Francia los radicales (la izquierda republicana allí, que no en España) estuvieron en el gobierno de forma constante a lo largo de los años treinta, con y sin apoyo socialista, y de hecho tuvieron permanentemente ministros entre 1934 y hasta enero de 1936, cuando todos los ministros radicales dimitieron en bloque. Por ello puede afirmarse que la izquierda burguesa en Francia es la que derriba un período para comenzar otro, cambiando de aliados, en algunos casos abandonando sus pactos con la derecha en la misma campaña electoral. El peso de la izquierda obrera era mucho mayor en Francia, lo que se demuestra en diputados: en el parlamento antes de las elecciones ya había mayoría de izquierda (o si se prefiere de los partidos que integrarían luego el FP), unos 322 sobre 615. Tras mayo de 1936, esa mayoría se amplió (a 370 sobre 618) pero sobre todo se reequilibró a favor de la SFIO (de 132 a 146, porque, aunque a veces se habla de 97, estos eran los escaños después de la es-

7.–Georges Lefranc, *Histoire du Front Populaire*, París, Payot (Sec. edit.), 1974.

cisión de los neo-socialistas en 1935) y del PCF (de 11 a 72), con un amplio retroceso radical (de 156 a 106), partido que quedó por detrás del socialista^[8]. Más de la mitad de los diputados del FP francés eran de la izquierda obrera; nada que ver con la situación española. Esto se reflejó en el gobierno: nada de un gobierno republicano monocolor. Su presidente León Blum, y la mayoría de los ministros, serán socialistas. A diferencia además del pacto español incluyó al sindicato independiente, la CGT de Jouhaux, lo que refrendaba un apoyo sindical que en el caso español quedó relegado a la UGT, con la CNT desligado de él. También se ha dicho que los partidos que lo formaban ya tenían mayoría en la cámara, aunque el reparto de escaños inclinó la balanza hacia la izquierda (a favor de socialistas y comunistas). Tampoco se sabía quién ni cómo formaría gobierno, ni estaba pactada semejante cosa. En España sin embargo se combinó un vuelco mucho más radical con la situación anterior, dada la debilidad de la izquierda republicana en los comicios de 1933 y los algo más de 60 diputados de la izquierda obrera de entonces, con una coalición de contenidos más moderados, por el peso político de las distintas fuerzas, pero como veremos a continuación también programáticos y en la práctica. Y todos sabían que sería republicano y lo presidiría Azaña.

El programa de gobierno también reflejó ese diferente equilibrio político en los dos países. El español del 15 de enero y pese a las sugerencias de la izquierda obrera se mantuvo ampliamente en los términos impuestos por los republicanos liberales, pese a que sorprendentemente se descolgó de su firma en el último momento (el 14 de enero) el virtual autor de parte de él, Felipe Sánchez Román, por razones no del todo acla-

radas, aunque probablemente relacionadas con exigencias a las organizaciones obreras que estas no podían asumir por escrito, más que a que vetase la presencia del PCE, como siempre se ha dicho^[9]. Y aunque se trataba básicamente de una reedición, o reactivación si se prefiere de las políticas del primer bienio, basadas en la colaboración republicano-socialista, y no era en absoluto un programa revolucionario bajo ningún punto de vista, añadía algunos matices importantes. Sutiles deslizamientos temáticos, que muestran a las claras el duro aprendizaje y la experiencia acumulada después de cinco años de república y conformaban un programa progresista pero no faltó de realismo. Entre las reformas que se reasumían se encontraba en un lugar preferente la agraria, pero ahora no se hablaba de una nueva ley de reforma agraria o de las expropiaciones, que ya no parecían el tema estrella, sino de la revisión de los desahucios practicados, una nueva ley de arrendamientos que asegurase «el acceso a la propiedad de la tierra que se viniera cultivando durante cierto tiempo», «una política de asentamientos de familias campesinas» y «normas para el rescate de los bienes comunales», nuevos objetivos, probablemente más realistas. Se daba especial énfasis a una política más activa de obras públicas, entre otros motivos, para atajar el paro, otra lección aprendida de los años anteriores. Para financiarla se anunciaba una «reforma fiscal». También se prometía «restablecer la legislación social», pero reorganizando la polémica jurisdicción de trabajo «en condiciones de independencia», «salarios mínimos» agrarios, una reforma para unificar la asistencia sanitaria «bajo la dirección del Estado» y el impulso a la creación de escuelas de primera enseñanza. No se decía ni una palabra de la Iglesia.

8.-Los datos electorales franceses en D. Borne y H. Dubieff, *La crise des années 30*, pp. 141-146.

9.-Juan Avilés Farré, *La izquierda burguesa y la tragedia de la II República*, Comunidad de Madrid, 2006, pp. 383-384; S. Juliá Díaz, *Orígenes del Frente Popular*, pp. 142-143.

sia ni de restablecer plenamente la Ley de Congregaciones ni eliminar los subsidios al clero ni nada semejante^[10]. La ambigüedad sobre la reposición de los jurados mixtos del primer bienio demuestra que no eran tampoco un problema considerado prioritario o de los más urgentes (frente al agrario por ejemplo), y esto se notará de hecho en el despliegue en la práctica de la labor de gobierno. Error de cálculo que alimentaría una importante ofensiva sindical, por otra parte inevitable tras las deprimentes experiencias de 1934–1935, y complicada de atajar sin unos jurados bien lubricados.

En Francia el programa, que se publicó unos días antes que el español, también era moderado pero no partía de reeditar una experiencia de gobierno conjunta republicano-socialista, que nunca había existido allí. La oposición a incluir en particular nacionalizaciones (que llegarán en 1945–1946), que sí pedían la CGT y la SFIO, no sólo procedía en este caso de los republicanos sino del PCF, con un peso mucho mayor que en España y que no deseaba de ningún modo asustar a la clase media. Era poco detallado en lo social y económico, pero sí que recogía la rectificación de las políticas deflacionistas de Pierre Laval, la reducción de la jornada y la promoción de obras públicas, medidas básicas en la lucha contra el paro. Tampoco apostaba abiertamente por candidaturas conjuntas en las elecciones, particularmente en la primera vuelta y de hecho los comunistas mejoraron su representación a costa de los radicales.

Como estrategia global el frentepopulismo fue un fenómeno internacional y en absoluto producto exclusivo de las circunstancias españolas. El giro que impuso la Internacional Comunista en el VII Congreso de la IC en Moscú del 25 de julio al 21 de

agosto de 1935 y el *Informe Dimitrov* impulsó a los partidos comunistas que sobrevivían a la imparable ola autoritaria y fascista, que en Europa ya empezaban a ser pocos, y a los clandestinos y exiliados, que cada vez eran más, a aliarse con la socialdemocracia y las formaciones democráticas y burguesas para hacerla frente. Este cambio encontraba eco en la experiencia, vista como un suicidio, de la izquierda obrera en Austria, pero sobre todo en Alemania, donde el enfrentamiento entre socialdemocracia y comunismo había supuesto una importante contribución al ascenso de Hitler al poder. Por ello en realidad lo que hizo el Congreso de la IC es dar luz verde a iniciativas ya existentes (un *nihil obstat*), un contenido ideológico más elaborado y un esbozo de programa a estas políticas que daban sus primeros pasos o balbuceos con carácter oficial, y animar a otros partidos a que siguieran sus pasos. Un contenido y un programa no siempre bien entendido por organizaciones abonadas en ocasiones al maximalismo revolucionario tanto por tradición (las comunistas) como por mimetismo o conversión (las socialdemócratas). Pero como en tantos casos en la historia, los cambios en los patrones de acción colectiva vinieron primero y los cambios en las organizaciones, tácticas e ideologías les siguieron después. Por ello tanto en el caso francés como en el español los Frentes Populares no fueron simplemente una mera idea de la IC que había que seguir a pie juntillas sino que existían dinámicas domésticas propias que favorecían estas convergencias. En Francia el clima unitario antifascista empezó a cuajar en la oposición al *putsch* ultranacionalista de febrero de 1934 y en España el acercamiento comenzó en las Alianzas Obreras preparatorias de lo que sería la insurrección de octubre y se fortaleció con la represión, las campañas por la amnistía y los comités de solidaridad y ayuda a los presos subsiguientes. Así como en los

10.—Las citas y expresiones entresacadas del «Texto del manifiesto del bloque de izquierdas», *La Vanguardia*, 16–02–1936, p. 23.

procesos unitarios posteriores a 1934 con la entrada en la UGT de los sindicatos comunistas, la fusión de todo el marxismo catalán (PSUC), con la excepción de los comunistas contrarios a la IC, que se unieron por su cuenta (POUM) y la creación de las Juventudes unitarias social-comunistas (JSU).

Y es que hay que recalcar que en toda Europa se estaban produciendo importantes acercamientos entre organizaciones socialdemócratas y comunistas, favorecidas por el ascenso nazi y de otros estados autoritarios, la clandestinidad forzada y la represión compartida que ya estaban sufriendo en numerosos países, y la admiración muy generalizada hacia la URSS^[11]. El surgimiento de alas o sectores de «izquierda socialista» o de juventudes socialistas propensas a fusiones con los comunistas se dieron en toda la Europa de los años treinta con mayor o mejor fortuna, con ejemplos británicos, alemanes, italianos y belgas, al igual que en Francia y en España^[12]. Entendían, al igual que muchos comunistas, que la situación no era para seguir con las políticas de antaño, vistas ahora como suicidas. Y desde luego, no se trataba de un endemismo hispano ni tiene nada que ver con que el PSOE perdiése tres ministerios en 1933. En España el fascismo doméstico lo encarnaba el «vaticanismo» de la CEDA y las Juventudes de Acción Popular (JAP), que aunque no se confundían en los años treinta con Hitler sí que se asociaban a Dollfuss y a su sucesor Schuschnigg en Austria o al salazarismo portugués (en particular desde 1933), de lo que hay numerosas pruebas en la prensa y la publicística

de la izquierda obrera y el centro liberal^[13]. Aunque hoy se clasifique el *austrofascismo* y el salazarismo como ideologías «autoritarias», mucho más extendidas en Europa que el fascismo más radical (que según Michael Mann sólo creó regímenes propios en Italia, Alemania, Austria, Hungría y Rumanía, y en estos tres últimos países brevemente), se trata de una discusión meramente académica que encubre que las similitudes son mucho mayores que las diferencias en lo que le importaba a la izquierda obrera y al centro liberal en la época: el antiliberalismo, la represión del movimiento obrero, el ultranacionalismo y el militarismo. A lo que en el caso español o el austriaco se podría añadir el ultraclericalismo. Por lo que el componente antifascista estuvo claramente presente en octubre de 1934 y volverá a estarlo en febrero de 1936, con independencia del grado de implantación real que tuvieran los auténticos fascistas en esos años. Fascistas que en cualquier caso desencadenaron una nutrida oleada de atentados en la primavera de 1936, que sembraron el terror y el desasosiego en las organizaciones del FP y la sociedad española en general.

Distintos ritmos, iguales oportunidades

En cualquier caso los respectivos Frentes Populares ganaron las elecciones, que en ambos países eran a dos vueltas: en España esto ocurrió primero (16 de febrero y 4 de marzo) y en Francia más tarde (26 de abril y 3 de mayo). En España sin embargo el cambio de gobierno fue fulminante y se produjo entre la primera y la segunda vuelta, mientras que en Francia no se formó el Gobierno Blum hasta el 4 de junio. Para el caso español lo acostumbrado ha sido decir

11.-David Priestland, *Bandera roja. Historia política y cultural del comunismo*, Barcelona, Crítica, 2010, pp. 191–238.

12.-Sandra Souto Kustrín, «La política frentepopulista y su concreción en Europa: un balance», en Marie-Claude Chaput (ed.), *Fronts populaires: Espagne, France, Chili*, París, Université Paris Ouest Nanterre-La Défense, 2007, pp. 23–38.; Helen Graham y Paul Preston (eds.), *The Popular Front in Europe*, Londres, Macmillan, 1987.

13.-Sandra Souto Kustrín, «Octubre de 1934; historia, mito y memoria», *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, 11 (2013), en <http://hispanicanova.rediris.es/11/dossier/11d013.pdf>

que Manuel Portela abandonó a causa de los disturbios populares, al negarse a proclamar el estado de guerra. Hoy sabemos, más matizadamente, que otra razón de peso para el abandono fue negarse a proclamar dicho estado de guerra como le exigían políticos de la derecha antiliberal, el jefe del Estado Mayor, es decir el general Franco, que ya se había adelantado en varias provincias y ahora quería el respaldo de Portela, e incluso el presidente de la República, que no parecía verlo con malos ojos o que al menos le cargó con la responsabilidad^[14]. En cualquier caso, para poder entender este hecho no bastan las explicaciones psicológicas sobre el carácter de Portela: la abrumadora derrota gubernamental y el cambio que suponía en un país donde semejante hecho apenas tenía precedentes son el contexto adecuado para entenderlo (que no justificarlo, algo que no todos los autores y cronistas distinguen). En Francia el cambio de equilibrios en la cámara no era tan radical, como ya se ha referido, sino más bien un trasvase de poder entre los miembros de la coalición, y los radicales con Albert Sarraut de presidente ya estaban en el gobierno saliente (y algunos como Jean Zay seguirían en el entrante). Además, los resultados de la primera vuelta no fueron tan determinantes como en España donde sólo hubo segunda vuelta en seis provincias (unas de ellas Cuenca en mayo); es decir donde la victoria del FP quedó muy clara desde el primer momento. Blum se negó a hacerse con el gobierno antes de lo estipulado, para no dar la apariencia de ilegalidad, y esto bien podría haber a su vez mediatisado por el antecedente español y evitar en la medida de lo posible incidentes un tanto incómodos o una presión de las masas antes de tiempo. Si este era el propósito de Blum

14.-La crisis, bastante pormenorizada, en Eduardo González Calleja, *Contraurrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República 1931-1936*, Madrid, Alianza, 2011, pp. 300-305.

se equivocó totalmente.

Aquí radica una de las claras diferencias entre el caso español y el francés, influido por todo lo anteriormente expuesto. Aunque en España hubo incidentes y una movilización importante desde el principio, acompañada por el júbilo de la victoria frentepopulista, mucho menos esperada y anuncio de un giro mucho más radical de políticas que en Francia, no puede decirse que hubiera una ofensiva sociolaboral en forma de huelgas para presionar al nuevo gobierno hasta al menos mayo de 1936, con todas las salvedades que se quieran poner al global de las estadísticas oficiales y a los casos regionales, de los que tenemos bastantes datos. En Francia sin embargo empezó a la semana de conocerse la victoria del FP en la segunda vuelta (el 11 de mayo en Le Havre, el 14 de mayo en la región parisina): es decir, cuando no había aún nuevo gobierno. Este problema de las fechas y el diferente ritmo es clave porque gracias a estas circunstancias, y pese a que las elecciones en España fueron dos meses antes, las huelgas no sólo coincidieron en el tiempo sino que las francesas claramente precedieron al grueso de las españolas de junio-julio y, es más, probablemente las influyeron. El caso de Madrid es meridiano al respecto.

Por lo tanto el aprovechamiento de las oportunidades políticas en ambos países fue diferente: mientras en España los trabajadores organizados salieron a festejarlo desde febrero con manifestaciones, mítines, celebraciones masivas, actos multitudinarios e intimidaciones variadas hacia la derecha política y católica, pidiendo la amnistía, la reposición de las leyes laborales, la readmisión de los despedidos y un nuevo impulso para la reforma agraria, ocupando la calle y el campo (con invasiones de fincas), en Francia los trabajadores, no tan organizados, lo van a festejar apoderándose en mayo de las fábricas, las minas y los comercios, los mismos



Ocupación de una fábrica en París durante la huelga de la metalurgia de junio de 1936 (Foto: Agence Meurisse - Biblioteca Nacional de Francia).

establecimientos en los que trabajaban, por todo el país, como si fueran su rehén, que sólo devolverán cuando el gobierno actúe. Y no será hasta entonces cuando se inicie un repunte huelguístico en España, pero sin la extensión, la unanimidad ni la espontaneidad de los paros franceses y sin recurrir de forma masiva a la pernocta en los establecimientos, rasgo característico y novedoso de las huelgas galas y que llamó muchísimo la atención de sus contemporáneos.

Lógicamente la gravedad de lo acontecido en España se ha adobado con el tema de la violencia político-social, que en esos meses fue mayor que en Francia. Es un tema que trasciende a este artículo pero que importa en la medida que ha contribuido a ennegrecer el panorama español frente al francés, como si fuese notablemente mucho más excepcional o directamente un síntoma del

clima de guerra civil y caos que ya se vivía en España, cuando en el ámbito del conflicto sociolaboral la situación en Francia no era ni mucho menos grave ni inferior en volumen o intensidad. Un medidor de la violencia que se ha utilizado es el de las víctimas mortales, pero los datos más fehacientes aportados hasta la fecha apuntan en una doble dirección^[15]. Por un lado, que unos dos tercios de las víctimas lo fueron a manos de las fuerzas armadas y policiales y la derecha antiliberal y la extrema derecha, es decir básicamente pertenecían a la izquierda política (obra básicamente) o bien formaban parte de las movilizaciones reivindicativas de esos

15.–Rafael Cruz Martínez, *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2006; Eduardo González Calleja, *Cifras cruentas. Las víctimas mortales de la violencia sociopolítica en la Segunda República española (1931–1936)*, Granada, Comares, 2015.

meses, que eran reprimidas con dureza. Es decir, que hubo una notable violencia procedente de los cuerpos armados. Diferencia notable con Francia, donde para empezar no se los usó para desalojar a los huelguistas de los establecimientos ocupados, lo que habría elevado mucho el número de víctimas. Tampoco hubo en Francia un despliegue letal de la extrema derecha comparable, con toda probabilidad porque no había un golpe militar en marcha que necesitase legitimarse con ninguna «estrategia de la tensión» a base de atentados selectivos. Por otro lado, el otro dato sustancial es que el número de muertos disminuyó en España drásticamente a partir de mayo, precisamente cuando las huelgas urbanas comienzan a desplegarse en el paisaje urbano e industrial, lo que rompe la relación entre los muertos y los paros. Lo que sí es evidente es que el despliegue postelectoral del FP español fue callejero y rural (el 77% de las víctimas ocurrió en pequeñas localidades y agrociudades), tendente al choque abierto en esos ámbitos, mientras que el francés se centró más en el ámbito fabril y urbano, con la ocupación de la empresa y el taller, *invisibilizando* al contendiente (la policía, el empresario), en lugar de buscarlo, y «paralizando» el tiempo. Esto, sumado al distinto uso de la fuerza pública en ambos países, arroja algunas claves del distinto grado de letalidad de ambos procesos.

La dinámica agraria

En España además se partía de una situación de virtual excepción y de represión de las organizaciones obreras, desde junio de 1934 en el campo y desde octubre de 1934 en las ciudades, con la carga de revancha añadida. En particular sobre los trabajadores que habían sustituido a los represaliados. Organizaciones que tenían ahora que rearmanse para lanzarse a una ofensiva sindical más o

menos reivindicativa, particularmente en el campo. En el caso francés no hubo oleada huelguística en el ámbito campesino donde el problema de las relaciones laborales y los jornaleros sin tierra no alcanzaba las dimensiones del español. En España en cualquier caso el *modus operandi* de la protesta campesina cambió en la primavera de 1936. Casi todas las fuentes documentales disponibles y monografías sobre las huelgas agrarias muestran un panorama de una frecuencia y una intensidad menores de éstas respecto no a 1935, lógicamente, sino a 1932–1933^[16]. Eso no quiere decir que no hubiese conflictividad, pero se canalizó preferentemente hacia las entradas, a veces masivas, en tierra ajena. En las condiciones citadas era para los sindicatos menos costoso y complicado refinar ciertas prácticas seculares/tradicionales de jornaleros y yunteros, es decir, laborar en fincas que no eran de su propiedad, que organizar un paro. De hecho la restauración en buena medida en 1935 del orden tradicional en el campo y la desaparición de las huelgas conllevó la proliferación de las prácticas endémicas de la protesta social tradicional en el campo español, como los delitos y robos en las fincas, que al parecer se incrementaron notablemente en la mayoría de los casos bien estudiados. Estas incursiones en propiedad ajena yo las he clasificado de forma simplificada en *inversiones* (a la busca de sus-

16.– Mario López Martínez, *Orden público y luchas agrarias en Andalucía. Granada, 1931–1936*, Madrid, Ediciones Libertarias, 1995, p. 156; Manuel Pérez Yruela, *La conflictividad campesina en la provincia de Córdoba (1931–1936)*, Madrid, Servicio de Publicaciones Agrarias, 1979, pp. 277–282; Francisco Cobo Romero, *Conflictos rurales y violencia política. El largo camino hacia la dictadura. Jaén, 1917–1950*, Jaén, Universidad de Jaén, 1998, p. 252; Fernando Pascual Ceballos, *Luchas agrarias en Sevilla durante la Segunda República*, Sevilla, Diputación de Sevilla, 1983; Carlos Gil Andrés, *Echarse a la calle. Amotinados, huelguistas y revolucionarios (La Rioja, 1890–1936)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2000, p. 256; Julián Casanova, *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931–1939)*, Barcelona, Crítica, 1997, p. 149.

tento directo, es decir fruta, espigas, leña o caza), sin sustrato legal alguno pero más toleradas, *trabajos al tope* (en su acepción sureña significa emplear toda la mano de obra que una finca puede asumir, a la búsqueda de jornal), que además se podía apoyar en las leyes de Laboreo Forzoso y las Comisiones de Policía Rural (sobre todo si había alcaldes socialistas) y *ocupaciones* (con intención de roturar y por tanto quedarse), estas últimas necesitadas para prosperar de respaldo legal, que podía dar el Instituto de Reforma Agraria a través de la Ley de Reforma Agraria, la intensificación de cultivos, las cláusulas de «utilidad social» o el rescate de comunales, que entonces pasó a discutirse en el Congreso («que lo que era del común vuelva al común», según la reivindicación secular campesina). En ellas el objetivo prioritario eran las fincas susceptibles de entrar en esos supuestos^[17]. Este repertorio ya existía, pero se extendió con singular éxito, profundidad y extensión. Epítome de lo antedicho sería el incidente del 29 de mayo en Yeste, choque entre campesinos y Guardia Civil y masacre que podría compararse a las del primer bienio. Ocurrió en Albacete, una de las provincias menos conflictivas de la República hasta entonces. Significativamente fue la consecuencia de una ocupación de una finca que había sido comunal en el pasado (o así al menos lo consideraban los campesinos), ahora en manos del cacique del pueblo. En realidad el origen de la desavenencia fue un desacato a los guardias civiles posterior al desalojo de la finca. En cualquier caso, el incidente que provoca la matanza muestra hasta qué punto se había avanzado en este aspecto, pues fue un enfrentamiento desgraciado justo cuando la mediación ante los agentes de la Guardia Civil para la liberación de unos jóvenes parecía haber dado sus fru-

17.-Más detalles en Francisco Sánchez Pérez, «Las protestas del trabajo en la primavera de 1936», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 41(1) (2011), pp. 77–101.

tos y todo ocurrió lejos de la disputada finca que había motivado todo el pleito^[18].

Pero esta movilización rural se desplegaba en paralelo a la labor gubernamental, en una singular dialéctica, y buscando evitar el choque abierto con la represión estatal y la legislación que se estaba desplegando. En España los gobiernos Azaña–Casares lejos de ser un mero *revival* del primer bienio aceleraron el ritmo de aprobación de las medidas y la voluntad política de llevarlas a cabo sin demora y dilaciones, particularmente en el tema de la reforma agraria, al que acudieron con más rapidez y diligencia, relegando a un segundo plano la reposición de los juzgados mixtos. La panoplia legislativa se centró en el asentamiento de campesinos, más que en las expropiaciones, y en los temas urgentes, como ya sugería el programa del FP: actuación sobre arriendos y desahucios, situación de gran emergencia tras lo sucedido en 1934–1935; condonación de multas precisamente a invasores de fincas y ladrones de leña y caza, siempre que no reincidiesen en el plazo de dos años; los urgentes decretos de yunteros, emitidos con urgencia porque se acababa el nefasto invierno 1935–1936 y había que hacer las labores de barbechera; el Decreto de 20 de marzo (*Gaceta del 28 de marzo*) que permitía los asentamientos rápidos e inmediatos (120.000 campesinos en 600.000 hectáreas), y entre cuya aprobación y publicación se procedió a las famosas «invasiones» de Badajoz (el 25 de marzo), clásico ejemplo de la retroalimentación existente entre legislación y movilización, y del que se ha dicho que «en su lógica interna, esta acción colectiva no hacía sino cumplir

18.-Véase Manuel Requena Gallego, *Los sucesos de Yeste (mayo 1936)*, Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete, 1983. La finca era propiedad del clan de los Alfaro, llamados por Requena «institución caciquil», p. 63. Edmundo Alfaro fue votado por todos los electores (!!!) del municipio de Yeste en las elecciones de junio de 1931.

el programa del Frente Popular»^[19], pues se centraba en fincas susceptibles de expropiación señaladas por el propio Instituto de Reforma Agraria, en un tira y afloja entre la FETT y éste^[20]; un nuevo proyecto de Ley de Bases de la Reforma Agraria (16 de abril, *Gaceta* de 19 abril), que garantizaba las indemnizaciones en todos los casos; otro de recargo progresivo sobre la contribución territorial correspondiente a la riqueza rústica (7 de mayo, *Gaceta* de 8 de mayo); y el de rescate y readquisición de bienes comunales por parte de los municipios (16 de abril, *Gaceta* del 19 de abril), que proponía revisar los despojos sufridos por los ayuntamientos desde la desamortización de Madoz de 1855. Este proyecto entró en comisión el 16 de abril pero solo se empezó a debatir a mediados de junio, después de los incidentes de Yeste, provocados precisamente por la invasión de antiguas fincas del común, y se había aprobado el primer artículo el 10 de julio.

Gobiernos y dinámicas sindicales

Respecto a los obreros industriales y los trabajadores de las ciudades existía una importante tradición sindical en determinados sectores como el textil, el metal, la madera, la alimentación, la construcción y entre los ferroviarios o los mineros, por lo que y pese a la represión sufrida no resultaba tan complicado resucitar las organizaciones sindicales en las grandes ciudades y las cuencas minero-industriales (Asturias, Vizcaya). El triunfo político de febrero de 1936 conllevaba la reapertura de centros y prensa obrera, la reimplantación de la legislación laboral y

los Jurados mixtos y en particular la amnistía, que facilitaba la vuelta al primer plano de los cuadros dirigentes y los activistas más significados. Los sindicatos tenían además un margen de libertad mayor que en Francia, pues la dirección *caballerista* de la UGT estaba enfrentada con la directiva prietista del PSOE, que se hallaba fuera del gobierno, no le entusiasmaba demasiado la idea de mantener en el tiempo la alianza con los republicanos liberales, siendo más proclive a la unidad de acción con las demás organizaciones obreras, incluida la CNT, que no había suscrito el FP. El compromiso del PCE con la coalición era muy serio, pero estaba en rodaje y su influencia sobre los sindicatos era muy limitada. Poco que ver en esto con la situación francesa, donde la CGT se comprometió a fondo con el FP y no planeó ninguna ofensiva sindical y menos con un gobierno interino, y el PCF, interesado en una alianza interclasista, tenía una mayor influencia sobre los asalariados. Pese a todo también había un ala izquierda en la SFIO, más minoritaria que en España (la de Marcéau Pivert), entusiasta con el tema de la movilización obrera, grupúsculos trotskistas, y una juventud obrera, en particular, más radicalizada (como en España) y mucho menos asociada. Todo esto hace más comprensible cómo será el despliegue huelguístico en Francia de mayo-junio: aprovechando el vacío de poder (las fuerzas del FP no ocupaban el gobierno aún), festivo (celebrando la victoria *obrera*), inmediato, espontáneo, recurriendo a un método muy poco explorado por los sindicatos, la huelga *sur le tas*, es decir, ocupando el centro de trabajo, extendido a sectores poco proclives a las huelgas (centros comerciales, trabajo femenino), y todo ello facilitado por un mínimo control de las asociaciones obreras, demostrado en que la mayoría de las huelgas se hizo sin peticiones previas redactadas por las direcciones sindicales, y en muchos casos hubo que inventar-

19.-Sergio Riesgo Roche, *La reforma agraria y los orígenes de la guerra civil. Cuestión yuntera y radicalización patronal en la provincia de Cáceres (1931-1940)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006, p. 303.

20.-Francisco Espinosa, *La primavera del Frente Popular. Los campesinos de Badajoz y el origen de la guerra civil (marzo-julio de 1936)*, Madrid, Cátedra, 2007, p. 134.

se unas bases *ad hoc*. El resultado inmediato de las huelgas fue un aumento vertiginoso de la afiliación a la CGT y una presión extraordinaria sobre el futuro gobierno para que tomase alguna medida global, en lugar de ir sector por sector. La medida global fueron los acuerdos de Matignon del 7 de junio, sólo tres días después de la toma de posesión de Blum, y la aprobación de un paquete de leyes sociales (desde el 11 de junio): contratos colectivos, libre sindicación, aumentos salariales de entre el 7 y el 15%, quince días de vacaciones pagadas y semana de 40 horas (la semana de «dos domingos»).

Por el contrario, las huelgas españolas se mantuvieron bajo el control de las asociaciones y su principal originalidad fue la colaboración inter-sindical posterior a la readmisión de despedidos. A ello colaboró el excesivo retraso del gobierno en la reposición de los Jurados mixtos conforme a la legislación del primer bienio. Enrique Ramos y Ramos, el ministro de Trabajo (de IR), volvió a convocar a plenos, cesó y nombró a numerosos presidentes y vicepresidentes de jurados mixtos y abrió el plazo para nuevas inscripciones en el censo electoral social, pero sin reponer la legislación anterior. Hubo que esperar a su sustitución por Joan Lluhí, que procedía del ala más socialdemócrata de la Esquerra el 13 de mayo, y nada menos que al 30 de mayo para que se decidiera el gobierno a derogar la ley de 1935 y poner en vigor la de noviembre de 1931, lo que suponía el cese inmediato de los funcionarios judiciales y fiscales que los presidían (Gaceta del 2 de junio). Aún así, esto no solucionaba todo y a partir del 7 de junio se fueron abriendo los plazos para la elección de vocales en jurados mixtos de toda España (empezando, como puede verse en la Gaceta, por orden alfabético con las provincias que empezaban por A, B, C, etc.) y nombrando jurados mixtos circunstanciales para intentar resolver los conflictos ya en

marcha, particularmente en Madrid: el de la construcción (a partir de 15 de junio, Gaceta del 16 de junio), el de la madera (30 de junio, Gaceta del 11 de julio) o el de la hostelería (15 de junio, Gaceta del 20 de junio), aunque éste ya se había terminado por entonces. Un tercer vector lo abrió la necesidad de aprobar nuevas bases de trabajo a nivel nacional para gremios como la banca (convocatoria de conferencia del 12 de junio) o la «gran industria química» (convocatoria de conferencia del 3 de julio que funcionaría como jurado mixto circunstancial)^[21]. Las elecciones para jurados mixtos en muchas provincias nunca se llegaron a celebrar, al menos antes del 18 de julio, como ilustra el muy estudiado caso de Albacete^[22]. El resultado es que la mayoría de ellos no se habían repuesto aún cuando estalla la guerra. Y esto cuando ya había varias huelgas en marcha, empezando por la de la construcción en Madrid, que precisamente buscaban la aprobación de nuevas bases de trabajo.

La búsqueda sin embargo de *un lugar en el sol* por los sindicatos, en un momento de intensa afiliación y *reafiliación*, también concitó rivalidades y violencia, particularmente en las ciudades donde las fuerzas parecían equilibrarse o reequilibrarse entre la UGT y la CNT, como en Málaga y Madrid en junio y julio. Por ello las huelgas industriales españolas tardaron en general tres meses en comenzar, no fueron tan masivas, los sindicatos las intentaron ligar a bases de trabajo negociables, aún cuando la CNT elevase el listón en algunas de ellas (las de la construcción y las de la hostelería), y los proce-

21.–El despliegue de medidas laborales en Francisco Sánchez Pérez, «Las reformas de la primavera del 36 (en la Gaceta y en la calle)» en Francisco Sánchez Pérez (coord.), *Los mitos del 18 de julio*, Barcelona, Crítica, 2013, pp. 291–312.

22.–Pedro Oliver Olmo, *Control y negociación: los jurados mixtos de trabajo en las relaciones laborales republicanas de la provincia de Albacete (1931–1936)*, Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses, 1996, pp. 111–112.

dimientos no fueron tan novedosos ni las ocupaciones de centros de trabajo, tan extendidas, aunque hubo casos, hasta entonces muy excepcionales y quizá influidos por las noticias que llegaban de Francia. Si bien no es menos cierto que la colaboración entre sindicatos presionó notablemente a la UGT y a la STV católica para adentrarse en estrategias de reivindicación que no eran las suyas y obligó a buscar nuevas fórmulas para solucionar los conflictos: en particular la movilización de los parados, la creación de listas de desempleados adscritos a los sindicatos y la presión obsesiva por la reducción de jornada, con el paro rampante en el horizonte de todas estas estrategias, bastante alejadas de las típicas de las sociedades de oficio. En cualquier caso, también se extendieron los conflictos laborales a sectores de menor tradición (mano de obra femenina, empresas de servicios).

Y aunque no había un vacío legal como el francés, la oportunidad política era muy buena para convertir la huelga en un extraordinario medio de presión sobre el gobierno Casares para que acelerase las reducciones de jornada, la lucha contra el paro y la reposición de la legislación laboral. Aunque en el último apartado se demoraron en el tema más delicado, el de los jurados mixtos, como ya he explicado, los gobiernos Azaña–Casares sí tomaron medidas en los demás apartados, que de alguna manera legitimaban las peticiones sindicales manifestadas en varios conflictos, siguiendo la retroalimentación ya expuesta. Y es que el problema del paro, que se suele decir que remitió en 1934–1935, llegó al paroxismo en vísperas de la victoria del Frente Popular: en enero de 1936 había 748.810 parados, 457.458 completos (no trabajaban ningún día de la semana), de ellos 481.738 agrícolas y 95.145 en la construcción; pero es que en febrero de 1936, último mes en el que el *Boletín del Ministerio de Trabajo* suministra datos, las cifras alcanzan

los 843.872, 543.088 completos, con 562.421 agrícolas y 100.887 en la construcción, cifra mensual que es la más elevada de toda la historia republicana, siguiendo a la misma fuente^[23]. Y así fue; las prolongadas lluvias de principios de año agravaron más el problema. Siguiendo la lógica de la restauración de horarios se repusieron las 44 horas semanales para los metalúrgicos (5 de marzo, *Gaceta* del 7 de marzo), que habían sido aprobadas por los jurados mixtos de Barcelona, Zaragoza, Valencia y Madrid, pero que los gobiernos radicalcedistas habían anulado en noviembre de 1934 (pasando de nuevo a las 48 horas). Pero se fue más allá porque el alcance de las 44 horas era ahora toda España. Nueva fue sin embargo la reducción de la jornada ordinaria de la minería del carbón a 40 horas, con un máximo de 44 horas para labores especiales (Decreto del 18 de junio, *Gaceta* del 21 de junio), que ya se hizo bajo la presión de diversas huelgas en el sector minero con ese objetivo. El horizonte de las 40 horas, la «semana de dos domingos», que ya se ha visto lograron los trabajadores franceses por entonces a nivel nacional, era algo que se vislumbraba como posible, como demuestra la convocatoria para el 7 de septiembre de una «Conferencia para la limitación de jornada», para «estudiar las posibilidades de la implantación de la jornada de cuarenta horas de trabajo semanales» (7 de julio, *Gaceta* del 10 de julio). Que nunca se celebrara dicha conferencia no quiere decir que el horizonte de las 40 horas no existiese y los huelguistas de mayo–julio lo sabían (eso es lo que se concedió por ejemplo a los de la construcción de Madrid), aunque en-

23.–El propio *Boletín* ante las alarmantes cifras se ve obligado a incluir una nota, atribuyendo el alza «casi en su totalidad, a aumento en el paro agrícola, lo que obedece, a su vez, al régimen general de lluvias e inundaciones, que ha paralizado todo trabajo en el campo», *Boletín del Ministerio de Trabajo, Sanidad y Previsión*, 68, marzo de 1936, pp. 361–362; y 69, abril de 1936, p. 512.

tre los peones y albañiles de la construcción y los jornaleros del campo abundaba la reivindicación de las 36 horas. Que el tema de la jornada se ligaba al asunto del paro, y no solo entre los sindicatos, lo demuestra el preámbulo de dicho decreto: «a consecuencia (...) de la grave crisis económica que atraviesa el mundo entero, se ha producido e incrementado el paro obrero involuntario en extensión y duración jamás conocidas (...). La reducción de la jornada de trabajo en España disminuiría seguramente la cifra de los parados forzados». También se promovió un ambicioso proyecto de ley de obras en el Extrarradio de Madrid (4 de mayo, *Gaceta* de 6 de mayo), que se convirtió finalmente en ley el 18 de junio (*Gaceta* del 19 de junio), pero ya con la presión de la huelga general de la construcción madrileña encima.

Esta agitación huelguística fue criticada por las organizaciones del FP tanto en España como en Francia. En España el sector prietista del PSOE, pero también el PCE lo interpretaron como un desbordamiento de las bases, una pérdida de identidad de la Unión a favor de la CNT y una estrategia deliberada de radicalización pueril que desestabilizaba al gobierno^[24]. Teoría política que como tantas otras luego ha sido convertida en explicación historiográfica. En cualquier caso, parece evidente que la UGT durante la primavera de 1936 y en casi todas las provincias sufrió un auténtico aluvión no solo de afiliación sino de «reafiliación» (trabajadores que habían abandonado temporalmente el sindicato en el bienio anterior pero que retornaban ahora) y de absorciones (no sólo de la CGTU, el sindicato comunista, sino también de sindicatos autónomos y de cuello blanco, por ejemplo en Cataluña). Este dato es fundamental para entender cómo las

24.–El punto de vista de Prieto más divulgado sobre esta cuestión es el del mitin de Cuenca del 1 de mayo, en Indalecio Prieto, *Siento a España: discurso*, Ediciones «La Motorizada», 1938.

tácticas y estrategias de la UGT tradicional debieron alterarse indudablemente en las ciudades ante tal crecimiento de la afiliación en flecha, que amenazaba con romper todas las costuras del sindicato. El crecimiento ugetista es muy detectable incluso en los propios feudos de la CNT, como Sevilla (podría hablarse de *sorpasso*) o Cataluña, allí dirigida por comunistas ex–cenetistas^[25]. Esto coincide con lo que sabemos de la CNT, bastante más pragmática que cinco o tres años antes, en franco retroceso no sólo en Sevilla y Barcelona, sino también en Valencia, y un tanto descolocada tras octubre de 1934 y ante los puños en alto que se levantaban por doquier^[26]. El resultado en términos de disminución de la conflictividad será evidente, como se verá en los grandes centros confederales.

En este sentido, la mayoría de los trabajadores industriales de mayor tradición, por muy influidos que estuvieran por los «políticos», estaban convencidos de que la fuerza de las organizaciones y sus movilizaciones eran las que creaban la legalidad laboral y no las decisiones del parlamento o los débiles gobiernos, volubles, cuando no impotentes, como ya se había visto en el primer bienio (con la creciente resistencia patronal) y en el segundo (cuando la legislación había sido mutilada o desvirtuada con simples retoque o excusas legales). Por lo tanto parece bastante comprensible que algunas huelgas convocadas por UGT–CNT desconfiaran o prescindieran de los Jurados mixtos, entonces poco operativos, o en cualquier caso, que

25.–Para Sevilla, José Manuel Macarro vera, *La utopía revolucionaria. Sevilla en la Segunda República*, Sevilla, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Sevilla, 1985, pp. 49–56. Para Cataluña, David Ballester, *Marginalidades y hegemonías: la UGT de Cataluña (1898–1936). De la fundación a la II República*, Barcelona, Ediciones del Bronce, 1996, pp. 209–210.

26.–J. Casanova, *De la calle al frente*, p. 139: «indicios de la parálisis de la organización anarcosindicalista en 1935 hay muchos».

era más práctico doblegar a los patronos con una huelga unánime antes de esperar que un fallo o un laudo más o menos legal hiciese a los patronos que obedecieran, algo del todo hipotético. Aunque ya se habían dado casos y precedentes de colaboraciones UGT–CNT en los años 1933 y 1934 habían sido muy escasos, por lo que plantear las huelgas al unísono no dejó de ser una novedad característica de 1936. Esta obsesión por la firma del patrono la compartían con los obreros franceses. La vuelta al trabajo en las huelgas de la primavera gala fue muy dificultosa porque sintomáticamente la mayoría de los trabajadores no querían retornar a su actividad normal si el patrón no firmaba en persona un acuerdo escrito comprometiéndose a respetar los acuerdos de Matignon (de índole «política» y alcance nacional). Por eso *Le Populaire*, el periódico socialista, el 8 de junio, para explicar los acuerdos a sus lectores lo hacía en términos de solución convencional de una huelga: «Victoire! Victoire! Les patrons ont capitulé! (...) Les patrons? Quels patrons? Tous». Es bastante dudoso por otra parte que sin estas huelgas se hubiesen aprobado las medidas de Matignon o al menos ni tan fácil ni tan rápidamente, y en particular que la patronal, bastante asustada, hubiese firmado dichos acuerdos. Tras estas leyes y con la inestimable colaboración del PCF las huelgas pudieron disolverse en julio.

El papel de la capital del estado en el caso francés y el Español también fue diferente^[27]. A diferencia de París, que había ejercido de forma sistemática un papel dominante durante las olas de 1906, 1919–1920 o 1936^[28], Madrid aunque había tenido un

27.–Más sobre el particular en Francisco Sánchez Pérez, «Madrid, capital de la protesta: de agosto de 1917 a julio de 1936», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2007, pp. 301–311; y Francisco Sánchez Pérez, «Las huelgas del 36: ¿por qué Madrid?», *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, 48 (2012), pp. 27–42.

28.–Véase el proceso y el papel centralizador de París

papel importante en los años 1917–1920^[29], siempre había ocupado una posición claramente secundaria en el movimiento huelguístico frente a Barcelona. Eso cambió en los años treinta cuando Madrid se puso en la cabeza del movimiento obrero del país^[30], rol hasta entonces muy discutido, al calor de las transformaciones que había tenido la estructura socioprofesional de la ciudad en los últimos veinte años, los cambios en los repertorios y patrones de la protesta urbana, que habían permitido la consolidación de la huelga general de industria como forma de acción colectiva hegemónica, y las oportunidades políticas que la Segunda República proporcionó, con la brusca irrupción de la democracia de masas y el intervencionismo del Estado en la vida social. La crisis económica y el paro de los años treinta fueron muy importantes tanto en París como en Madrid y la visibilidad del cambio político se encarnaba en la capital mejor que en ningún otro sitio. El problema es que también se visibilizaba mejor el caos y la violencia, sobre todo con los atentados políticos que se sucedieron en la ciudad en esos meses, de los que se hizo eco la prensa conservadora y la no tan conservadora, y luego multitud de autores posteriores, como si fuese un epítome de toda España.

en Charles Tilly y Edward Shorter, *Las huelgas en Francia, 1830–1968*, Madrid, Ministerio de Trabajo, 1985.

29.–La problemática en Madrid de esos años puede verse en Francisco Sánchez Pérez, *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid, 1901–1923*, Madrid, Cinca/Fundación Francisco Largo Caballero, 2006.

30.–Muy significativamente en el trabajo de Michael Seidman, *Workers against work. Labor in Paris and Barcelona during the Popular Fronts*, Berkeley, University of California Press, 1991, la comparación con Barcelona remite a la revolución faista tras el 18 de julio, sin una sola referencia a los meses anteriores. Difícilmente puede compararse eso a la oleada de huelgas de junio en Francia, pero el autor insiste en ello, empeñado en describirnos dos revoluciones, para lo que Madrid no ofrece un buen perfil obviamente.

El despliegue del conflicto

Con respecto al despliegue huelguístico concreto, en Francia se ha hablado de «explosión social»^[31]. El origen de las primeras huelgas (el 11 de mayo en la fábrica de aviones Bréguet en Le Havre y el 13 en otra de Toulouse) fueron las típicas represalias patronales y despidos que se habían adoptado tras el paro del Primero de mayo precedente (fiesta o reivindicación que los patronos consideraban una huelga ilegal). Ya en ellas se produjo la característica más llamativa de esta oleada: la ocupación de las fábricas por los huelguistas (huelga de brazos caídos o *sur le tas*, pero pernoctando dentro si se daba el caso), que de alguna forma impide el uso de esquiroles y la ruptura de la unidad de los operarios fuera de la fábrica (en un contexto de trabajadores jóvenes, poco cualificados y de escasa tradición asociativa). Este método, surgido de forma espontánea, no tenía ninguna tradición en las protestas obreras francesas^[32] y muy pronto se extendió a la *banlieu* de París (a partir del 14 de mayo), en particular en las empresas metalúrgicas, con algunas grandes fábricas como Renault a la cabeza. De allí saltó a provincias y prácticamente llegó a cada rincón de Francia hasta unos niveles que superaban las oleadas de épocas anteriores (más de 17.000 conflictos

31.–Expresión usada en francés en Georges Lefranc, *Juin 36. L'explosion sociale du Front Populaire*, Paris, Gallimard, 1966, y en inglés en Julian Jackson, *The Popular Front in France: defending democracy, 1934–38*, Cambridge University Press, 1988, p. 85.

32.–M. Seidman, *Workers against work*, p. 216, insiste en que estas huelgas no sólo eran habituales, sino que los trabajadores llevaban mucho tiempo haciéndolas, pero los ejemplos que pone son casuales (no sistemáticos) y no implican pasar días dentro de la fábrica o establecimiento. Julian Jackson, *The Popular Front in France*, p. 101, cita casos en Francia de obreros polacos (mineros) que habían practicado estas huelgas (con poco éxito y escasa solidaridad de los compañeros indígenas). Por el contrario, los testimonios contemporáneos de que eran procedimientos originales y poco difundidos son innumerables.

y dos millones y medio de huelguistas). La oleada, independientemente de la actitud de algunos militantes comunistas o sindicalistas aislados que hicieron de cabecillas o agitadores^[33], no fue organizada ni planeada, tanto en el *modus operandi*, inédito como se ha dicho, como en el esfuerzo que hicieron particularmente la CGT y el PCF porque la *mancha* no se extendiese, y tras los acuerdos de Matignon porque el frenesí remitiese, como ya se ha mencionado. También tuvo un alto porcentaje festivo con viejos rituales de inversión de autoridad, extraídos del carnaval y el *charivari* («ahora–nosotros–somos–los–amos»)^[34], y el nuevo ritual del puño alzado o levantado, el *poing dressé* o *poing levé*, procedente de la contracultura comunista de la Alemania de Weimar^[35] y se ha comentado reiteradamente el alto porcentaje de obreros e incluso empresas enteras de cultura sindical escasa que participaron, llegándose al extremo tras las jornadas de Matignon de sumarse sectores sin presencia sindical alguna como los empleados de grandes almacenes, con abundante mano de

33.–Antoine Prost, «Les Grèves de juin 1936, essai d'interprétation», en René Rémond y Pierre Renouvin (eds.), *Léon Blum. Chef de gouvernement, 1936–1937*, Paris, FNSP (Sec. Edit.), 1981, pp. 69–87. También en Raymond Hainsworth, «Les grèves du Front Populaire de mai et juin 1936. Une analyse fondée sur l'étude de ces grèves dans le bassin houiller du Nord et du Pas-de-Calais», *Le Mouvement Social*, 96 (1976), pp. 3–30.

34.–«La «grève sur le tas», c'est un pique-nique prolongé», reportaje de Bertrand de Jouvenel para *Marianne* (17 junio 1936), citado en Louis Bodin y Jean Touchard, *Front Populaire 1936*, Paris, Armand Colin, 1985, p. 100. La fiesta y el ritual han propiciado nuevos enfoques del año 1936, clave de bóveda del movimiento obrero francés, revisados por la antropología política y social. Véase Danielle Tarczowski, *Le Front Populaire. La vie est à nous*, Paris, Gallimard, 1996.

35.–Gilles Vergnon, «Le «poing levé», du rite soldatique au rite de masse. Jalons pour l'histoire d'un rite politique», *Le Mouvement social*, 212 (2005), pp. 77–91. Este ritual cambia de sentido y de minoritario pasa a masivo tanto en España como en Francia simbolizando la adhesión a la lucha antifascista.

obra femenina^[36]. Los principales protagonistas fueron los grandes establecimientos industriales de más de quinientos trabajadores y los empleados administrativos. Fue muy habitual que las huelgas comenzasen y las reivindicaciones se redactasen después. Sectores muy sindicados pero vinculados a los servicios públicos como los ferroviarios, los maestros o los carteros no participaron tan ampliamente. La vuelta al trabajo fue muy difícil porque sintomáticamente la mayoría de los trabajadores no querían retornar a su actividad normal si el patrón no firmaba en persona un acuerdo escrito comprometiéndose a respetar los acuerdos de Matignon. «Por primera vez sin duda en la historia de Francia» el nuevo gobierno no envió policía ni soldados para desalojar las fábricas ocupadas^[37] y a la inversa la victoria colectiva que supusieron estos acuerdos permitió que la huelga se ganase en los despachos gubernamentales y no en el tajo. Otra de las consecuencias del éxito fue el aumento brusco y desbordante de la afiliación sindical (en la Renault por ejemplo la CGT pasó de 700 a 25.000 afiliados)^[38]. Por tanto esta oleada fue un acto de presión política masiva sobre el nuevo gobierno y un acto de impaciencia porque éste no se constituía, era difícilmente resoluble conflicto a conflicto y no tenía mucho que ver con la cultura sindical tradicional, pues se centró en los

36.–Véase por ejemplo el testimonio de Madeleine Colliette, trabajadora a la sazón de Magasins Réunis Étoile en Georges Lefranc, *Histoire du Front Populaire*, pp. 489–493. En dichos almacenes apenas hay una cajera sindicada que esboza una mínima estrategia entre 500 empleados, las reivindicaciones se hacen la misma noche (toda en vela) que la huelga comienza y en el mismo establecimiento, para después solicitar el apoyo de sindicalistas externos (mayoritariamente masculinos).

37.–D. Borne y H. Dubieff, *La crise des années 30*, p. 153.

38.–Las cifras de Renault son de Bertrand Badie, «Les grèves du Front Populaire aux usines Renault», *Le Mouvement Social*, 81 (1972), pp. 69–109. La CGT pasó de 750.000 afiliados a principios de 1936 a casi 4.000.000 un año después.

trabajadores semicualificados de las nuevas industrias, basadas en la cadena de montaje por un lado y en profesiones administrativas del comercio y los seguros por otro.

En el caso español, la actividad huelguística durante la primavera de 1936 es evidente que aumentó notablemente frente a 1935 pero no llegó ni a aproximarse a las dimensiones de lo que pasó en Francia. Hay serias dudas sobre su amplitud, muy irregular. En cualquier caso se concentran en un solo trimestre: 911 entre mayo y julio de 1936, habiendo más huelgas en cada uno de estos meses que en cualquiera de todo el período republicano y solo en un trimestre más que en el resto de años completos (salvo quizás 1933), lo que no deja de ser sorprendente. Esto se debe a los problemas de las estadísticas que aportaba el *Boletín del Ministerio de Trabajo* y que hemos criticado a fondo en otro lugar^[39], porque se computaban todos los conflictos posibles, es decir los *planteados*, donde había demandas que podían acabar en un conflicto, pero no los realmente *declarados*, que más tarde se depuraban a la baja, sobredimensionándolos sistemáticamente desde noviembre de 1933. El problema es que para 1935 y 1936 nunca se hizo tal depuración ni tenemos constancia de su existencia. Un indicio de que esa es la clave lo aporta la aparición en el *Boletín* en su lista de junio de una huelga de «obreros de la construcción» en Sevilla por presentación de «nuevas bases de trabajo»^[40], huelga que como sabemos nunca se llegó a producir pues se firmó un acuerdo sin paro^[41]. Coin-

39.–E. González Calleja, F. Cobo Romero, A. Martínez Rus y F. Sánchez Pérez, *La Segunda República española*, pp. 754–762 y 111–112.

40.–*Boletín del Ministerio de Trabajo, Sanidad y Previsión*, 72, julio de 1936, p. 47.

41.–Antonio Miguel Bernal, José Luis Gutiérrez y Manuel Ramón Alarcón, *La jornada de seis horas, 1936: movimiento obrero y reducción de la jornada de trabajo en el ramo de la construcción de Sevilla*, Córdoba, Centro Andaluz del Libro, 2001, pp. 16–17.

cidió en el tiempo en cualquier caso con el despliegue de huelgas en Francia de mayo-junio, si no estuvo directamente inspirada al menos en parte por él, y también con el cambio de gobierno en mayo, una nueva hornada de gobernadores civiles en muchos casos y el Congreso de Zaragoza de la CNT a primeros del mes con su eslogan de las 36 horas, que está influido por el acuerdo de abril de UGT y CNT para presentar nuevas bases de trabajo en Madrid en la construcción y no al revés. En cualquier caso no parece un despliegue atípico respecto a lo que había ocurrido en 1930–1934, destacando que el caso excepcional no fue éste, sino 1935.

En cualquier caso los datos invocados chocan con la historiografía que ha abordado este tema allí donde lo ha hecho con algo de profundidad, en particular la local, y que matiza, cuando no contradice abiertamente, los datos institucionales. Pues en general muestra datos de huelgas inferiores a las del primer trienio y destaca en particular la ausencia de huelgas insurreccionales semejantes a las de 1931–1934 que no se dan en parte alguna y que tampoco fueron abordadas por las autoridades con la misma saña: no hay nada semejante a la rebelión de la Telefónica o la «semana sangrienta» sevillana de 1931, de las huelgas generales de Zaragoza o la batalla campal perpetua de la Barcelona de 1931–1933, de las insurrecciones de la CNT–FAI de 1932–1933 o la huelga agraria de junio de 1934, por no hablar de octubre de ese año. No hay más que comparar cómo fue tratada la más grave, la huelga general de la construcción de Madrid, y eso que se prolongó por mes y medio. La impresión general es que habían cambiado cosas muy importantes en el país, si se compara con todo lo anterior. Ya se han mencionado los datos agrarios que muestran que el número de paros, sin ser inexistente, es inferior al del primer bienio, lo que de paso erosiona la teoría de que es la radicalización ideológica del

PSOE o de la UGT lo que incide en el aumento de huelgas agrarias. Muy al contrario, parece que la radicalización no es la causa de los conflictos, sino la consecuencia de éstos. O que la UGT *caballerista* de 1936 no tuvo por qué ser más amante de los conflictos que la *besteirista* de antes de enero de 1934.

En cualquier caso, sabemos que en aquellas ciudades donde la hegemonía cenetista aún era importante como Zaragoza, Barcelona o incluso Sevilla, el despliegue de conflictos fue comparativamente menor que en otras zonas y de mucha menor violencia que en las auténticas batallas campales del primer bienio, siguiendo la pauta que se ha señalado para las huelgas agrarias. El número de huelgas en Zaragoza capital en 1936 fue de una (de ferroviarios) frente a más de 30 todos los años en 1931, 1932 y 1933; en Sevilla ciudad hubo 13 huelgas, concentradas en mayo y junio (frente a 67 en 1931 ó 27 en 1933), y 9 de ellas en conflictos muy localizados, sin una sola huelga general, algo excepcional en Sevilla, donde hubo 15 huelgas generales entre 1931 y 1934 (12 sólo entre 1932 y 1933); en Barcelona y en Cataluña, pese a que siguió habiendo huelgas, los conflictos fueron de tal cariz que se creó el contramitido de la «primavera trágica», el del «oasis catalán»^[42]. Por el contrario la ofensiva de la CNT en Madrid, a través de sectores menos cualificados como la hostelería o la construcción, aumentó su presencia de forma relevante, cuanto menos^[43]. En

42.–Jesús Ignacio Bueno Madurga, *Zaragoza, 1917–1936. De la movilización popular y obrera a la reacción conservadora*, Zaragoza, Inst. Fernando el Católico, 2000, p. 283; José Manuel Macarro Vera, *La utopía revolucionaria. Sevilla en la Segunda República*, Sevilla, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Sevilla, 1985, pp. 72–79 y 91; Eduardo González Calleja, «Entre el seny y la rauxa. Los límites democráticos de la Esquerra», en Fernando del Rey Reguillo (dir.), *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española*, Madrid, Tecnos, 2011, pp. 328–329.

43.–Santos Juliá Díaz, *Madrid, 1931–1934. de la fiesta popular a la lucha de clases*, Madrid, S. XXI, 1984; Francisco

cualquier caso, la ecuación seguía siendo la tradicional, cuanto mayor crecimiento de la UGT frente a la CNT menos huelgas y más moderadas, por lo que la radicalización sindical ugetista de 1936 es cuando menos discutible. Por lo tanto, puede concluirse que la recuperación sindical fue muy rápida a través de una militancia de aluvión, que amenazó con romper el equilibrio sindical en algunas zonas (no siempre en el mismo sentido), y que extendió las huelgas (como en el campo) a sectores de la producción inéditos en su faceta reivindicativa o asociativa hasta la fecha. Sectores de mano de obra femenina, como las sastras y perfumistas de Madrid, pero también masculina, como los toreros de la Plaza de las Ventas, los marinos de Vizcaya o los dependientes y oficinistas de Málaga^[44].

En buena parte de las huelgas la preocupación por liberar el mayor número de trabajadores del drama del desempleo (y la certeza de que las instituciones eran impotentes en este campo) se convirtió en una prioridad sobre cualquier otra^[45]. Tradicionalmente, el desempleo no proporcionaba el medio más adecuado para la combatividad sindical al obstaculizar las huelgas y debilitar a las organizaciones, enfrentando a unos colectivos de trabajadores con otros, sindicados o no. La competencia sobre el puesto de trabajo se agravó por el retorno de los represaliados y despedidos de octubre, que exigían en primer lugar el despido

Sánchez Pérez, «Un laboratorio de huelgas: el Madrid del Frente Popular (mayo-julio de 1936)», en M. C. Chaput, *Fronts Populaires*, pp. 155-172.

44.- La anécdota del conflicto taurino la cuenta José María Gil Robles, *No fue posible la paz*, Barcelona, Ariel, 2006, p. 643.

45.- Más detalles en Francisco Sánchez Pérez, «Las huelgas durante la república española: el caso de 1936», en Julien Lanes Marsall, David Marcilhacy, Muchel Ralle y Miguel Rodríguez (eds.), *De los conflictos y de sus construcciones. Mundos ibéricos y latinoamericanos*, París, Éditions Hispaniques, 2013, pp. 119-129.

de los «nuevos», generalmente menos cualificados, peor remunerados y protegidos por sindicatos católicos, más dóciles. A estos trabajadores se les exigía la afiliación en los sindicatos dominantes y que esperasen en ellos su «turno». Quizá algunos, resentidos, abrazaron el fascismo o el pistoleroismo. Buscar soluciones para el paro a través del reparto del trabajo y la reducción del horario se convirtió en tema sindical casi prioritario, en particular en el caso de la CNT, que no admitía la intervención de las instituciones. La CNT además tenía buena parte de su clientela en los barrios periféricos de las grandes ciudades, de inmigración más o menos reciente y con peores condiciones de habitabilidad, poblados de trabajadores de baja cualificación^[46].

Lo expuesto anteriormente sirve para comprender la novedad, la virulencia y la audacia de ciertas tácticas y prácticas, vistas incluso por veteranos dirigentes sindicales como maximalistas. Se hicieron sentir en particular a partir de mayo, cuando muchos despedidos ya habían sido readmitidos y las organizaciones ya habían tenido tiempo de reorganizarse y plantear nuevas bases de trabajo y demandas salariales. Por ejemplo, la presión de los parados y el cierre de empresas en crisis creó una movilización novedosa, aunque muy minoritaria, como la huelga de brazos caídos, nombre dado en España a las huelgas con ocupación del centro de trabajo, que se dieron en el metal, los astilleros de Cádiz (con encierro y huelga general de solidaridad) y grandes fábricas (como la de cerveza El Águila en Madrid, que también arrastró a una huelga del ramo), pero también en sectores sin una amplia tradición reivindicativa o societaria, en particular los que acogían un importante porcentaje de mano de obra femenina (acei-

46.-José Luis Oyón, *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 2008.

tuneras de la Casa Peter en Sevilla). Estos sectores también eran propensos a extender la huelga y convertirla en un problema de orden público en la calle y formaron parte del paisaje icónico de los meses anteriores a la guerra: en Madrid las sastras y perfumistas (de Gal y Floralía) levantaban el puño y perseguían esquiroles por las calles; los pescadores en Guipúzcoa iban a la huelga general. Ninguno de estos sectores había organizado huelga alguna hasta la fecha al menos en los años treinta^[47]. Es comprensible que el ver a mujeres y a sectores de conflictividad hasta entonces inédita paseando amenazadoramente las calles (haciendo *piquetes* como se diría hoy, *visitas* como se decía entonces) les pareciese a los más conservadores que se habían pasado todas las líneas rojas^[48]. Los sindicatos más afectados por el paro y más radicalizados presionaban en torno al tema de las 36 horas, que ligaban indefectiblemente al reparto del trabajo. Esta jornada, que ya formaba parte de las reivindicaciones agrarias, se convirtió en un objetivo de la construcción, antes incluso de recibir el *placet* del Congreso cenicista de Zaragoza en mayo de 1936. En dos huelgas en particular las 36 horas fueron el meollo de sus peticiones: en Madrid donde ya formaba parte de las nuevas bases de trabajo en abril, y que encalló en una colossal (unos 80.000 traba-

47.–En realidad sí hubo huelga de sastras en Madrid antes de 1923 como expliqué en F. Sánchez Pérez, *La protesta de un pueblo*, pp. 238–345.

48.–Sobre el particular tenemos la anécdota, muy característica de esta mentalidad, José María Gil Robles, *No fue posible la paz*, pp. 642–644, donde para ilustrarnos del caos que se vivía en España se refiere a una huelga de toreros y a otra de operadores que suspendió la proyección de una película «en uno de los principales cines de Madrid». Como puede verse el fenómeno huelguístico llegaba incluso a los reductos más queridos por la opinión pública conservadora, hasta entonces protegidos de ese virus. Pese a todo es significativo que solo le dedique a las huelgas urbanas cuatro páginas en un libro de más de 800 que intenta demostrar que la guerra fue inevitable. No sería inevitable por tanto por esa razón.

jadores de Madrid y alrededores) y larguísima huelga, comenzada el 1 de junio y aún sin solucionar del todo el 18 de julio^[49]; y en Sevilla (en junio), donde pudieron aprobarse sin conflicto.

En este contexto altamente competitivo entre sindicatos por captar militancia las dimensiones del despliegue huelguístico y la aparición de la violencia en el transcurso de las huelgas dependió sobre todo de ese complicado equilibrio de fuerzas entre sindicatos, la capacidad de colaboración y/o competencia entre ellos, el grado de desconfianza en los jurados mixtos (lo que favorecía la acción directa y el acercamiento a la CNT) y la virulenta presión de los desempleados. Los casos más graves de pugna intersindical se dieron en Madrid, pero sobre todo en Málaga. En Madrid se derivó del desenlace de la huelga de la construcción, cerrada en falso por la oposición del sindicato cenicista local a aceptar la decisión del jurado mixto creado *ad hoc* (es decir «circunstancial») y un laudo ministerial que concedía, entre otras cosas, las 40 horas (procedimiento que sí había aceptado, aún en otro contexto, con un gobierno radical en febrero de 1934). Esto separó a los dos sindicatos, mientras los trabajadores dirimían sus diferencias a tiros (al igual que en la huelga del mismo sector en septiembre de 1933), como había sucedido también a su vez en la huelga de camareros de mayo–junio. Pero nada comparable a lo de junio en Málaga, donde los asesinatos de sindicalistas ugetistas y cenicistas se hacían en los propios domicilios, teniendo como telón de fondo el control de la distribución del pescado en la ciudad^[50].

49.– F. Sánchez Pérez, «Un laboratorio de huelgas»; Santos Juliá Díaz, «¿Feudo de la UGT o capital confederal? La última huelga de la construcción en el Madrid de la República», *Historia Contemporánea*, 6 (1991), pp. 207–220.

50.–José Velasco Gómez, *Luchas políticas y sociales durante la IIª República en Málaga, 1931–1936*, Málaga, Diputación Provincial, 2005.

Pero, en cualquier caso, no existió una dirección unificada y con un mínimo de coordinación del movimiento, en lo que sí hay un paralelo evidente con Francia, por lo que la virulencia de la oleada huelguística es muy desigual, más elevada en Vizcaya y Guipúzcoa, quizá en Asturias, donde había que recomponer el estropicio de octubre de 1934, pero sobre todo en Málaga y Madrid. Pero en la Andalucía urbana en su conjunto es bastante evidente que las huelgas disminuyeron frente a 1931–1934, al menos en cinco de las ocho provincias^[51]. Y al este del sistema ibérico esto es ampliable a Zaragoza y Barcelona. Falta un estudio más sistemático en Murcia y el País Valenciano, por no decir del conjunto del país no ya para 1936 sino para todo el período republicano, al menos comparable al que se ha hecho en otros países. Rafael Cruz ha intentado hacer una tipología de las huelgas de la España de 1936, agrupándolas en cuatro categorías: las de la construcción, que tuvieron un gran peso en el total, junto a otros servicios urbanos (agua, gas y electricidad, hielo y refrescos, hostelería, transportes, ocio), que les dieron una mayor visibilidad e impacto para las clases medias y las élites urbanas, que si se hubieran limitado a las canteras, las minas, el metal, los puertos o el campo; los paros generales locales de 24 ó 48 horas, que se prodigaron esos meses, generalmente para protestar contra provocaciones y atentados frustrados o consumados por la extrema derecha, muy activa esos meses, o bien como solidaridad por otros conflictos encallados o mal resueltos; las huelgas de competencia intersindical más feroz con choques en la calle, como las de Málaga antecitadas; y el caso de Madrid, donde convergieron las tres categorías^[52].

51.–Diego Caro Cancela, «Elecciones, conflictividad social y violencia política en la Andalucía del frente popular», *Trocadero*, 17 (2005), pp. 57–75.

52.–R. Cruz Martínez, *En el nombre del pueblo*, pp. 150–154.

Tanto en Francia como en España y pese a las diferencias apuntadas hubo por tanto grandes similitudes, ejerciendo el país galo de referente cronológico imprescindible: oportunidad política y presión sobre el gobierno en materia de paro y de jornada, trabajadores jóvenes, métodos novedosos, control de las ejecutivas sindicales sólo relativo, sin llegar en España a la espontaneidad francesa, extensión a sectores de escasa tradición asociativa y huelguística, centralización en la capital, con Madrid de imagen y escaparate privilegiado de estas huelgas, junto a algunos de los elementos más perturbadores de la violencia política, y en particular del *envalentonamiento* y rebelión de los de abajo, del *upside down*. En los meses de junio y julio llegaron a estar en huelga en Madrid cerca de 100.000 personas simultáneamente y podían verse plazas de toros repletas de peones y albañiles, assembleas al aire libre con miles de personas en la Ciudad Universitaria alzando su mano para votar, grupos de sastrería o perfumistas de Gal y Floralia levantando el puño ante los estupefactos viandantes, petardos y pedradas en los escaparates y terrazas de bares y restaurantes, todo salpicado con entierros multitudinarios de mártires con uniformados escoltándoles y realizando el saludo a la romana o con el puño en alto. Esta imagen de un Madrid «subversivo» y su abusiva proyección a toda España tuvieron un gran peso en la difusión y construcción posterior del mito de la anarquía y la revolución que asolaban el país y significó un escenario de fondo que explotaría a fondo la propaganda franquista y después la historiografía afín para justificar el golpe, la guerra y la dictadura subsiguiente.

De esa imagen no se libró el 36 francés, pues para los dirigentes de la Francia de Vichy esos acontecimientos eran considerados el síntoma de todo aquello que rechazaban en su país y que había llevado a la decadencia

cia nacional y a la «extraña derrota». Pero en la Francia democrática tras 1945 esos meses se consideraron un precedente de la coalición vencedora en la guerra contra nazis y colaboracionistas y se terminaron recalando más sus aspectos festivos, simbólicos y épicos que cualesquiera otros. Muy al contrario la imagen tenebrosa y ennegrecida ha seguido siendo la dominante en España prácticamente hasta hoy. Y aunque recientemente acaba de aparecer una obra que hace un enfoque francamente positivo de los planteamientos y logros del FP de 1936 y el legado de ese tiempo, algo realmente muy complicado de encontrar hace tan sólo veinte años, quizá menos^[53], sigue abundando la publicística que repite invariablemente la cantinela del llanto y el crujir de dientes y que la primavera de 1936 fue la causa de la guerra civil. Relato legendario y mito que poco o nada tiene que ver con las ciencias sociales, pero que en cualquier caso hay que tener mucha desfachatez para presentarlo como un relato original y novedoso, cuando es el mismo que la dictadura franquista explicó a los españoles durante cuarenta años y que algunos siguen sosteniendo hasta el día de hoy, más allá de cualquier evidencia^[54].



Reparto de diarios durante la huelga de vendedores de periódicos. Barcelona, mayo de 1936 (Foto: C. Pérez de Rozas - Arxiu Fotogràfic de Barcelona).

53.- J. L. Martín Ramos, *El Frente Popular*.

54.- Stanley G. Payne, *El camino al 18 de julio. La erosión de la democracia en España (diciembre de 1935-julio de 1936)*, Madrid, Espasa, 2016.